

creó el soplo divino, inundaba de amor todos los corazones, atraía, juntaba las almas en ley de igualdad y de armonía. Y así como el medio de unir los hombres entre sí es el amor, el medio de unir los hombres con Dios es la fé. Pero la fé, según San Pablo, no debe limitarse á una manifestacion de la conciencia, á una esfera de la vida, sino llenarla toda con sus purísimos aromas. La fé debe ser la conviccion de la inteligencia, que cree en Dios y en su eterna palabra; la fé debe ser la confianza del corazon, que ama á Dios y le sigue, y le desea, y le abraza dentro del pecho; la fé debe ser la resignacion de la voluntad y de las pasiones en Dios, para que perdamos la herrumbre de la tierra y nos levantemos hasta identificarnos por nuestra pureza con el eterno ideal de vida, con Cristo; y de esta suerte la fé será entre las tinieblas del mundo, entre sus escollos, cuando los mares se embravezcan y los horizontes se pierdan en la oscuridad, como la misteriosa solitaria luz, que brillante y segura, nos muestra el refugio del alma, la mansion donde nos aguarda con los brazos abiertos nuestro amoroso Padre.

La fé ha regenerado, según San Pablo, al hombre, ha purificado toda su vida. El hombre antiguo era como el gusano de un sepulcro, y como el polvo de un cadáver. Alejado de Dios, perdido en el mundo, llenando con sus lágrimas todo el camino de la vida, suspendida sobre su intelligen-

cia fria noche, esclavo de sus culpas, sin acordarse para su consuelo ni aun de aquellos tiempos en que habia pisado las primitivas flores de la creacion en el paraíso, y habia sonreído en su alma la inocencia como la primera luz de la tierra; el hombre de la antigua ley, dolorido, apenado, dejaba caer bajo el peso de la desesperacion la frente sobre el pecho, y esperaba undido en un monton de cenizas la hora de la muerte, temblando siempre, con el pensamiento puesto en la justicia de Dios y los ojos en la enormidad de su delito. De aquí, los lamentos de los profetas, los dolores del pueblo, las lágrimas de tantas generaciones, el cilicio con que se atormentaban tantos penitentes, el ayuno, la abstinencia, la cólera de Dios centelleando siempre en el templo, como esas rojizas nubes que el sol inflama desde su ocaso en la callada tarde; y por último, esos libros de Job, de Jeremías, escritos entre sollozos, que son como el eterno gemido del espíritu humano que forceja bajo sus cadenas para herir el cielo de bronce y traer con sus clamores una nueva revelacion, una nueva vida á la tierra. Y esta nueva revelacion viene con el Evangelio, y esta nueva vida viene con la fé. Y la fé para San Pablo no solo regenera el espíritu; sino que transparenta y hermosa todo el hombre, devolviéndole la gracia que habia perdido con su pecado en el paraíso. En esta gran idea de la regeneracion se muestra el

espíritu innovador que distinguía al Apóstol, encargado de separar la Iglesia de la sinagoga. Por eso dice: «Todo lo viejo, todo lo antiguo ha pasado.»

El velo que cubria la verdad se rasga, y brilla la luz. Del fondo del sepulcro de la historia se levanta un nuevo hombre que ha resucitado con Jesucristo. El primitivo Adán del paraíso se ha regenerado en el Adán cristiano. Las lágrimas y la sangre del Salvador, cayendo sobre su alma, la han limpiado de todas las manchas. Y el hombre ha renacido del fondo de sus cenizas por la virtud de su fé y de su esperanza, que se dilata y se pierde en el cielo. San Pablo dá á todas las verdades de la inteligencia y á todas las leyes de la vida, no solamente un sentido moral, sino también un sentido religioso y dogmático. La verdad no solo es la idea de la religion, sino también la práctica cristiana de la vida. La justicia no es solo dar á cada uno su derecho, sino someter la propia voluntad á la voluntad de Dios, la propia vida á la vida de Cristo. La castidad no es solo la limpieza del cuerpo y del alma, es también la pureza en todos los actos de nuestra voluntad, en todos los móviles de nuestras obras. Por eso la virtud toma un sentido más general, y la vida se purifica, y la muerte muere en nosotros con el sacrificio del Calvario. El hombre se ha regenerado, ha cobrado todo su sér. En una palabra, por el pecado ha-

bia el hombre muerto con Adán, y por la fé ha resucitado con Cristo.

Pero el hombre nunca se hubiera regenerado sin la redencion que le traía Cristo, segun la doctrina de San Pablo. El hombre era esclavo, y Dios para libertarle del yugo de los antiguos ritos y de la inmensa pesadumbre de la culpa, abandonó su trono de estrellas, y se ofreció en holocausto por su criatura predilecta. Así la tierra se volvió contra el mismo que la habia creado. Los caminos sembrados por su poder de flores, le dieron abrojos; los montes y los valles regados por su fecunda palabra con mil arroyos de cristalinas aguas, le dejaron beber hiel y vinagre; los árboles á que habia infundido su sávia y habia regalado sus sazonados frutos, sus flores, sus verdes hojas, prestaron madera para su patíbulo; el rayo del cielo, que encendió con su mirada, respetó la cabeza de sus verdugos; el aire, que impulsó y llenó de vida con su aliento, fué sumiso á recoger de sus cárdenos labios el último suspiro; el corazón del hombre, que llenara de amor, solo sintió el odio y la venganza; y la tierra, que le debía vida, se abrió para ofrecer al que no cabía en los espacios, al que habia lanzado de sus manos el río de los tiempos, un estrecho sepulcro. Pero estos dolores y esta muerte fueron nuestra redencion, fueron el rescate de nuestra culpa. El hombre habia cometido el delito, y Cristo ofreció la satisfac-

cion de la pena. Al hombre solo le toca creer en la satisfaccion y en la eficacia de esa gran satisfaccion, adorar en la muerte de Cristo el misterio de su propia vida, identificarse con el Salvador por medio de sus buenas obras. Así el yugo del antiguo rito se rompe, la culpa se desvanece, la libertad moral se afirma, la reconciliacion del hombre con Dios se completa, la voluntad se emancipa, la vida se purifica, y la obra divina de nuestra redencion queda sellada con la sangre misma de Dios.

Las promesas de la redencion están depositadas en la Iglesia. La Iglesia es la reunion de todos los que han recibido en su corazon y en su inteligencia la verdad divina. El hombre, solo, aislado, es el más infeliz de todos los seres creados. Sus pasiones le dominan y la naturaleza es su mayor enemigo. Su misma grandeza le aplasta bajo su inmensa pesadumbre. El pensamiento se clava en la conciencia como un puñal, el amor muerde el corazon como una serpiente, y todas las grandes pasiones, que vienen á ser como la señal de su grandeza, se evaporan en lo vacío, y se pierden, sin llenar el destino que Dios les ha señalado. El hombre necesita de sus semejantes, de sus hermanos. En su inteligencia encuentra la verdad, en su pecho el amor que vivifica la vida, en sus fuerzas nuevas fuerzas, en todo su sér el complemento del propio sér y el auxilio poderoso

de la flaca naturaleza. El dolor en la soledad es más intenso y más agudo. La desgracia en triste aislamiento llega á traer consigo como consecuencia forzosa la muerte. El mundo sin la presencia del hombre ó seria como un bosque confuso, ó como un desierto desolado; y el corazon sin el amor del hombre es árido y triste, y no puede dar de sí ni la caridad, ni la compasion, ni el amor. Por eso el Cristianismo, que tan en armonía está con nuestra naturaleza, ha querido reunir todos los hombres en un solo cuerpo, y ha fundado para reunirlos la institucion divina de la Iglesia. Así como la fé es el amor á Dios, la caridad es el amor al hombre. La fé y el amor se unen como los términos de una misma idea, como la manifestacion de un mismo sentimiento. La fé sin el amor es inútil. El amor sin la fé es infecundo y estéril. Por la fé, el hombre se acerca al pié del altar, vé á Dios, y une su vida transitoria, su vida de un dia con la vida eterna, que preside á los tiempos. Por la caridad, el hombre extiende sus brazos al hombre, toma parte en sus penas y en sus dolores, lucha en sus combates, llora con sus lágrimas, se alegra con sus alegrías, conjura las tempestades que amenazan herir su frente, le auxilia á realizar su destino, centuplica sus fuerzas, remueve los obstáculos, vive vida más grande, más intensa, más hermosa; porque al fundirse por la caridad en uno todos los corazones, y al fundirse por la fé en una

todas las inteligencias, el hombre débil, el hombre acechado por los elementos, crece y domina con incontrastable dominio la naturaleza, que no puede resistir á la supremacía del espíritu, centro verdadero de la vida. Si amar á Dios es la fé, amar al prójimo es la caridad. Sin la caridad todas las virtudes son como si no fueran. La fé, la castidad, la pureza, sin el amor á nuestros hermanos, son virtudes infecundas y estériles, pues no siembran de bienes la vida, ni sirven de ejemplo en la tierra. El hombre encastillado en su egoísmo es como el bruto encerrado en su instinto, que le lleva al triste aislamiento. Por eso la Iglesia reúne en su seno á todos los hombres, por eso, según San Pablo, les enseña á tener á Dios por padre, y á sus semejantes por hermanos. La Iglesia es como el ara donde arde eternamente el fuego de ese amor divino, que es la esencia del alma, que es el calor de la vida. Y ese amor divino á nuestros hermanos, amor intensísimo, amor sublime, que es el signo por el cual se distingue el hombre de todos los seres, lleva á satisfacer el hambre del pobre, á enjugar las lágrimas del desgraciado, á romper las cadenas del esclavo, á derramar la luz de la inteligencia en el alma oscurecida del ignorante, á hermosear el corazón del perverso, á dilatar por el bien que derramemos sobre la tierra nuestra pobre alma en el seno de la humanidad, que por el amor crece y se transfigura. La Iglesia, pues,

representa el amor. El atributo principal de la Iglesia es la unidad. La unidad de la Iglesia está fundada en la unidad de Cristo.

Y aquí llega el principio capital de la doctrina del gran Apóstol de los gentiles, el que le eleva entre todos los hombres de su siglo. Sabido es el espíritu semítico que reinaba en el antiguo pueblo judío y en el nuevo pueblo cristiano. Este espíritu se hallaba caracterizado por una tendencia particular al orgullo aristocrático de raza. El semita, nacido en el desierto, sin ver más mundo que sus inmensas soledades cortadas por algún oasis, por alguna palmera, por alguna cisterna; con su alma guerrera más ardiente que el sol, con su corazón menos compasivo que las abrasadas arenas, adorando un Dios único, creyéndose heredero de este Dios, detestando á todos los pueblos de la tierra por su idolatría, dispuesto siempre á ensangrentar sus armas en el cuerpo de todas las razas, lejos de unirse con sus hermanos, se aparta de ellos, y se aísla, y se pierde en la soledad, como un penitente, como un cenobita, y no quiere unirse á los demás pueblos, porque cree sus ideas errores, y sus costumbres terribles y execrables abominaciones. Este carácter particular producía el odio de pueblos contra pueblos, de civilizaciones contra civilizaciones, de razas contra razas, de dioses contra dioses. La lucha entre la raza semítica y sus enemigos había poblado de

cadáveres los desiertos, había teñido en sangre los arroyos, había enterrado en cenizas las más populosas ciudades. Y el pueblo judío, así educado, no podía admitir en su templo ningún otro pueblo, no podía consentir que el tesoro de sus promesas y de sus esperanzas pasara nunca á otras naciones. Por eso, al nacer el Cristianismo en el seno de la sinagoga, nació como una protesta contra el espíritu egoísta de la raza semítica. Mas los primeros cristianos no comprendían esta tendencia, no adivinaban esta idea. Creían que Dios continuaba sellando con el sello de su elección la frente de la raza semítica. San Pablo rompió este círculo estrechísimo con su inspirada é incomparable palabra. Como Dios es uno, como es uno Cristo, como la Iglesia es una, la humanidad también es una en espíritu. Ya no hay griegos, romanos y judíos, ya no hay señores y esclavos, ya no hay siervos é ingenuos, ya no hay diferencia de dignidad en los sexos; el judío, el griego y el romano, el señor y el esclavo, el sirvo y el ingenuo, el hombre y la mujer son de una misma carne, de una misma sangre, de un mismo espíritu, de una misma familia; están llamados por Cristo á la redención, llevan en su alma el germen de todas las virtudes y la semilla de todas las esperanzas; pueden, regenerados en Cristo, aspirar á subir por la escala de sus obras, y con el auxilio de la gracia, hasta el cielo á penetrar

con su mirada la esencia de la creación, á hollar con su planta los mundos, á adorar con su corazón á Dios. ¡Qué remordimientos, señores, tan grandes para lo que quieren invocar el Cristianismo como sanción de la tiranía! ¡Qué remordimientos deben sentir delante de esta doctrina tan sublime! Si los hombres son iguales, si el sirvo y su señor son hijos de Dios, si en presencia de la divina justicia no hay categorías, no hay gerarquías, no hay clases, si sobre el judío, el griego y el romano está la humanidad, si todos los hombres son igualmente libres, igualmente responsables de sus obras, si todos son hermanos, ¿con qué derecho os levantaiis, hijos de las tinieblas, á oscurecer, á borrar en mi alma, lo que es de Dios, lo que he recibido del cielo, mi libertad y mi conciencia? Más en armonía está con el espíritu del Evangelio levantar del polvo el caído, quebrar la argolla en las manos del esclavo, enjugar sus lágrimas, y vertiendo suave bálsamo en sus heridas, enseñarle que en su alma lleva un eterno derecho; una ley, en virtud de la cual todo aquel que intente robarle su ser, es reo de la divina justicia, que á todos nos hizo libres en nuestra voluntad, iguales en nuestra naturaleza y hermanos por nuestros sentimientos. Y esta igualdad resalta en toda la doctrina de San Pablo. Por el bautismo todos hemos adquirido libertad en Cristo; por la redención todos hemos rescatado nues-

tra culpa; por la gracia todos hemos unido nuestra vida á Dios; por la cena todos hemos recibido el cuerpo y la sangre de Cristo; por la resurreccion todos hemos visto abrirse á nuestros ojos el camino de salvacion, y por la fé y por la esperanza todos confiamos en nuestro Padre, que está en los cielos. La iglesia cristiana ha de reflejar, segun San Pablo, eternamente la union de nuestras inteligencias en el dogma, de nuestros corazones en la caridad, de nuestras almas en Dios.

El reino de Dios es como el resúmen, como la última palabra de San Pablo. El sentido materialista de los judíos habia comprendido un reino de Dios limitado en un pequeño espacio. El mar lo lameria con sus ondas, el desierto lo rodearia con sus arenas de oro, las palmeras y los cedros lo cubririan bajo sus verdes ramas, arroyos clarísimos lo bordarian de flores, caravanas cargadas de piedras preciosas lo recorrerian en todos sus caminos, y soldados fortísimos lo guardarían con sus fuertes lanzas contra todos los reyes de la tierra, que no se atreverian á mirarlo por no quedar ciegos, deslumbrados con el resplandor de su luz y de su gloria. Mas no es de ninguna suerte este reino pequeño, limitado, material, el reino de Dios que nos prometia San Pablo, no. El Apóstol de los gentiles promete un reino fuera del tiempo, lejos del espacio, en que la vida es divina, y los lazos de la materia se rompen y el cuerpo se transparenta

y se hermosea, y el alma se cobija bajo las alas de la luz, de la verdad, y nuestro sér se pierde en el éther, y los ángeles, recogiéndonos en sus brazos, nos llevan, entonando los cantares de que son como perdido eco las armonías de las esferas, delante de Dios, nuestro Salvador, nuestro Padre. La vida en Dios es la muerte del pecado. Todo lo que hay en la tierra se descompone como suspirando por una trasformacion gloriosa. Pero el hombre, sólo el hombre, dejará aquí en la tierra su forma de un dia para perderse en el cielo. Por eso San Pablo suspira dolorido por dejar esta luz que es el velo de la luz divina, esta tierra que la encubre el cielo, este cuerpo que no le deja explayarse en lo infinito, estos ojos de carne que no consienten ver en esencia á Dios, este corazon en que no cabe todo el amor divino, este barro amasado con lágrimas y sangre, pobre y frágil, que no podia sufrir el fuego de la vida sin quebrarse y fundirse; esta organizacion, que es como una cadena, que ata el alma al solitario peñasco de la tierra, cuando el alma puede volar más allá de los astros y eclipsar con su vida y con su lumbre el mismo sol, y ser feliz en el seno del Eterno. Por eso la vida de hoy en el espacio y en el tiempo es como una vida ficticia, engañosa, pasajera; es la sombra de la niebla, que deja suspendidas algunas lágrimas en los árboles del camino; y la vida en el reino de Dios, es una vida pura, eterna, que lucirá siempre en-

tre los ángeles como luce entre los coros de los astros el sol.

Hemos dado una idea muy sucinta de la doctrina de San Pablo. Una secta religiosa ha querido fundar en las ideas de este gran Apóstol sobre la eleccion de Dios toda una doctrina, en que la libertad muere y la gracia y la fé solo se salvan. Yo creo firmemente que nada hay más contrario al espíritu del Cristianismo. La base incontrastable de toda moral, de toda religion, es la libertad del hombre. Sin la libertad, la revelacion es inútil, la gracia ineficaz, el pecado no existe, la justicia de Dios es una burla, el premio un capricho, el castigo una crueldad, la virtud una mentira, el bien una sombra vana. Si el hombre desde el principio de su vida fuera elegido para el bien ó condenado al mal por una eleccion arbitraria, que repugna á la justicia divina, serian inútiles las predicaciones de los Apóstoles, inútil la revelacion, inútil la virtud, inútiles las buenas obras. De una doctrina tan desoladora solo se concluye el aniquilamiento del hombre y la injusticia de Dios. La doctrina de San Pablo, su vida, sus epístolas, su definicion de la fé, sus continuas invocaciones á la libertad cristiana, su constante predicacion para que el hombre y los pueblos abracen la virtud, sus sacrificios, su amor, su apología de la caridad, todas sus obras y todas sus palabras, muestran que aquel Apóstol queria armonizar y

armonizaba la libertad con la ley, las obras con la gracia, y que creia en el dogma fundamental de la responsabilidad del hombre.

Si San Pablo eleva la gracia, si le dá una virtud grande, es para mostrar la eficacia de la redencion, toda la salud que traia consigo el sacrificio del Verbo. Cuando todavía estaba caliente el sepulcro del Salvador, fresca su sangre en el Gólgota, San Pablo, que representa el principio de la edad en que se exalta la fé, debia tener presente siempre ante sus ojos toda la virtud de estos grandes dogmas que venian á redimir al hombre de la culpa. De otra suerte, la idea de la redencion no hubiera sido claramente comprendida, y los primeros cristianos no hubieran tenido la fuerza que necesitaban para la predicacion y para el martirio. La primera edad de toda gran idea es la edad de entusiasmo y de fé ciega. Y de aquí proviene ese ardor con que San Pablo difunde la gracia para dar fuerza al corazon y la fé para dar fuerza á la inteligencia, á fin de que los paganos sacudan el sueño del materialismo, y los judíos sus preocupaciones, y unos y otros se confundan al pié de la cruz en el amor, en la esperanza, y alcancen así el único premio que puede darles la buena nueva predicada por el Salvador, la aureola sagrada del martirio. La fé y la gracia debian ser dos ideas dominantes en este momento capital de la historia del Cristianismo.

Veamos las diferencias entre el primitivo sentido de los cristianos sujetos á la sinagoga, y el sentido de San Pablo. Unos y otros se unen, se identifican en la idea de Dios y sus atributos de la creacion y de la Providencia. En este punto la antigua revelacion era como la raiz, como el tallo de la nueva revelacion, de la nueva idea. Pero la doctrina de San Pablo se diferenciaba en muchos puntos de la profesada por sus antecesores. Estos creian que solamente los judíos estaban destinados á recibir en su frente el bautismo cristiano, y San Pablo creía que las puertas del templo debian abrirse tambien á los gentiles y á todos los pueblos de la tierra. Los primitivos cristianos aun no bien apartados de la sinagoga, creían que el reino de Dios era un reino de la tierra, poderoso, basado en la gloria temporal del Mesías, y San Pablo vino á señalar el reino del Mesías como oculto entre los resplandores del cielo. Los primitivos cristianos creían que la fuerza de la ley antigua estaba viva, que los ritos debian continuar, que el Evangelio era solo un apéndice de la Biblia; y San Pablo creía que la ley estaba explicada y completada con la nueva doctrina, que los ritos habian sido abrogados, que el Evangelio contenia en sí toda la revelacion. Los primitivos cristianos creían que en el cumplimiento de las ceremonias de las antiguas prácticas estaba la verdad y el mérito; y San Pablo mostró que la fé

debía ser el criterio de la religion, la gracia, la fuerza de la virtud, el reino de Dios, el fin de todas las voluntades, el objeto de todas las acciones y de todas las obras. Esta doctrina, que de una manera tan elocuente y tan sublime venia á revelar muchas ideas, que si bien escondidas en el seno de la revelacion, que es perfecta, no habian llegado hasta la mente de los fieles, debía promover dentro del seno mismo de la nueva comunión ardientes controversias y discusiones, hasta el dia feliz, en que la Iglesia reunida pronuncia su última palabra, que debía ser la creencia universal.

La doctrina de San Pablo iba á ir á los pueblos paganos, iba á entrar en sus templos, iba á arrancar al pié de sus aras los sacerdotes, iba á llamar á la comunión con Dios á los gentiles, á los que habian tomado por divinidades las brumas de la tarde, el centellear de los astros, los ecos perdidos de la naturaleza. Segun esta idea, el que sacrificaba á Venus, el que asistia á los misterios de Eleusis, el que iba á consultar el oráculo de Delfos, el que cantaba acompañado por las ondas del Egeo las trasformaciones de sus dioses, no habia menester la circuncision en su cuerpo para llegar á poseer la verdad y la gracia en su alma. Esta doctrina tan sumamente amplia, esta doctrina trascendental y vigorosa debía levantar una oposicion fortísima dentro de la primera comunión



cristiana. Sabido es que mientras la Iglesia no pronunció su fallo sobre una tésis, sobre un punto de pública controversia, los fieles discutian siempre sobre su mejor inteligencia. El partido más amante de la sinagoga, el que se acercaba al antiguo ideal religioso, el que cumplia todas las prácticas y todos los ritos del culto judío, creyó ver en la doctrina de San Pablo una profanacion, y tembló, porque le parecia que al ver entrar en su templo á los gentiles, Dios los habia de consumir con el fuego de su justa cólera.

Sobre la frente de San Pablo se condensaban muchas y grandes tempestades. Jamás hombre ninguno había conjurado contra sí tantas terribles pasiones. Se atraia por su palabra y por su doctrina el odio de los paganos, el odio de los judíos, y hasta el odio de los cristianos, que no querian separar su corazon de la sinagoga, ni su mente de los antiguos ritos. Cuando leyendo sus epístolas, vemos los dolores, las penas que le asaltaban, no podemos dejar de consagrarle algunas lágrimas, como á todos los mártires de la verdad y del progreso. Los paganos le lanzaron sus dardos, porque con sus palabras conmovia los altares de sus dioses. Los judíos le perseguian, porque llevaba al seno de la ley antigua un nuevo espíritu. ¡Cuántas veces en Éfeso, en Thesalónica, en Lystra, el antiguo fariseo, perseguidor de los cristianos, estuvo á punto de perecer á manos de

los judíos por sostener la misma doctrina que habian sostenido sus víctimas y las mismas ideas que habia vertido Estéban, el primero de los mártires! El fariseismo que habia creído encontrar en la nueva secta un poderosísimo auxilio para combatir el poder de las ideas griegas en la conciencia y el poder del pueblo romano en la tierra, ardió en aquella desoladora ira, que tantas veces sintió San Pablo, cuando pudo convencerse de que la nueva secta no buscaba en los idólatras enemigos, sino hermanos, dignos de ver la eterna luz, para participar del reino de Dios en el cielo. El odio que esta doctrina debia inspirar siempre á los fariseos debia acrecentarse, al considerar que Pablo les habia faltado como judío haciéndose cristiano; como cristiano, llamando al nuevo templo á recibir el bautismo á los idólatras. Pero no era esta la guerra que temia San Pablo. El Apóstol temia la guerra de sus hermanos, de los que adoraban á Cristo, de los que, en vez de abrirle los brazos para llevarle al templo del Señor á orar juntos, le rechazaban como abominable enemigo. Su ardor animoso, el celo de su fé, su doctrina sobre la gracia, su ansia por llevar á los piés de Cristo los gentiles, su maravillosa predicacion, su lógica más penetrante que una espada de dos filos, su sentido humanitario superior á todo orgullo de raza, á toda preocupacion de escuela, estas cualidades que debian ser su gloria en la posteri-

dad, fueron su desgracia entre muchos hombres de su tiempo, incapaces de ver donde se perdía el vuelo impetuoso de su alma. Preguntábanle de dónde había recibido su mision, si había visto á Jesucristo, si había conversado con él, si había recibido su doctrina, si había llorado su muerte, si había asistido á su resurreccion, si había participado del Espíritu Santo, como queriendo negarle hasta sus títulos de Apóstol. Así San Pablo tenia que recordarles continuamente lo mucho que había hecho por el Cristianismo, su conversion milagrosa, sus continuas luchas, sus discusiones en todas las ciudades de Grecia, su predicacion incesante, sus terribles tres naufragios, su sed en el desierto, su hambre en la peregrinacion, sus enfermedades entre el ardor de aquellas batallas espirituales, sus martirios cruentos, las heridas que le habían abierto las varas de los judíos, las piedras de los paganos, los peligros que había arrostrado en las ciudades por su palabra, en la soledad desafiando los elementos, entre mil tempestades, el testimonio, por fin, que en él se realizaba de la verdad del Cristianismo y de la eficacia de la fé, pues mientras los hombres le ofrecian honras y placeres por seguir sus falsos ídolos, él escogia la servidumbre y la desgracia y el dolor por adorar á Jesucristo y extender por el mundo su salvadora doctrina. El partido opuesto á San Pablo organizó, á pesar de estas continuas

protestas, una guerra contra el Apóstol de los gentiles; quiso arrancarle las iglesias por él fundadas; lanzó á su paso hombres destinados á detenerle en sus triunfos; llevó la discordia al seno mismo de las comisiones, que solo habían oido su voz; quiso que la iglesia de Palestina fuese la norma de todas las iglesias, mientras el Apóstol ponía con mejor consejo y con más grande inspiracion sus ojos en Roma; le afeó que no exigiese para la salud de los fieles la circuncision, los ritos y las astinencias de la antigua ley, y hasta en el fondo de su calabozo de Roma, allí donde manifestaba en el dolor su corazón lleno del amor divino, y dispuesto á morir por su fé, no le perdonó, y le hizo apurar el cáliz de todas las amarguras, haciendo tristísima su muerte, no tanto por el odio y la persecucion de sus enemigos, como por los celos y los combates de los que debían llamarse sus hermanos. En estas luchas terribles, continuas, diarias, San Pablo muestra la elevacion de su espíritu, la grandeza de su fé. Pero preciso es confesar que su doctrina era muy grande, muy trascendental para ser comprendida por los que no se decidían á abandonar el ara de la sinagoga. Estos recelaban de su antiguo perseguidor, y le tenían por herege. Sustituir al templo toda la tierra, al sacerdocio de una sola raza el sacerdocio de todos los hombres, al rito el Evangelio, á la legalidad antigua la gracia, á la práctica bí-